digas que se agrada Dios de la muchedumbre de tus ofrendas, porque el mucho, ni el poco de el don, no es lo que agrada, sino la sana intención y la conciencia pura con que se ofrece. Y concluyo este capítulo con decir, que si de hacer limosna se colige ser uno piadoso cristiano (pues la limosna es una de las cosas muy encomendadas en cristiandad) que serán los indios cristianos y tanto más buenos lo serán cuanto más mostraren de caritativos y limosneros haciendo como hacen la limosna por amor de Dios y no por otro interés ninguno; pues en dar su hacienda a quien no les ha de volver nada por ello, no se les puede seguir ninguno.

CAPÍTULO VI. De la fe y devoción que los indios siempre han tenido a las ceremonias y cosas de la iglesia



NTRE LOS VIEJOS REFRANES DE NUESTRA España (que infaliblemente suelen salir verdaderos) éste es uno: Quien bien quiere a Beltrán, también quiere a su can. Y quiere decir, que quien bien quiere a un hombre, y le es buen amigo, a todas sus cosas tiene afición, y le parecen bien, y por ellas habla y vuelve cuando se ofrece y es menester. Y si esto es verdad,

mucho mayor verdad será que quien bien quiere al can de Beltrán, por ser cosa suva, mucho más querrá al mismo Beltrán. De donde se infiere que los que son amigos y devotos de las cosas que pertenecen al servicio de Dios y a su culto divino, lo serán también de el mismo Dios y lo querrán mucho y amarán. Y por el contrario, serán enemigos de Dios los que son enemigos de las cosas que pertenecen a su servicio y divino culto; como lo son los malvados herejes que destruyen las iglesias, lugares sagrados y queman las imágenes y figuras de Dios y de sus santos, y niegan el santo sacrificio de la misa y todos los demás sacramentos, y persiguen y matan, como enemigos capitales, a los sacerdotes que los administran, y escarnecen y burlan de las bendiciones, consagraciones y ceremonias santas de que usa la iglesia católica romana, nuestra madre. Todo lo cual (para confusión de estos apóstatas, descendientes de católicos cristianos) proveyó Dios que los pobrecillos indios, que poco ha eran idólatras y ahora nuevos en la fe que los otros dejaron, lo tengan en grandísima estimación, devoción v reverencia. Donde se conocerá la suavidad de la condición de Dios, que no quiere forzar la voluntad de el hombre, y si le abren cuando está a la puerta llamando (como él mismo lo dice) entra, y si no pasa de largo. Bien verificado está esto en la esposa que no le abrió a tiempo y se pasó de largo. Y aun después de haber entrado, si no le hacen el hospedaje que conviene, se sabe salir afuera y irse a buscar posada como lo hizo con los de el pueblo de Israel, que habiéndose hartado de perseguir su ley y mandamientos, no pararon hasta poner manos sacrilegas en su proprio y natural hijo, heredero de sus celestiales tesoros, y apellidando libertad, dicen: éste es heredero, venid todos, quitémosle la vida y serán nuestras sus posesiones.¹ De donde resultó que aunque los quería como a hijos, y los había tratado como a hermanos, los hubo de dejar y huir de su pueblo, y aun hasta los porteros de su real casa (que eran los ángeles que guardaban su santo templo) dice Josepho² que una noche, en la festividad de Pentecostés, se oyeron voces grandes que decían: Vámonos de aquí, y así se fueron, y luego se pasó Dios con su corte a otras moradas. Y desamparados estos judíos dieron consigo en tierra, muriendo en manos de enemigos.

Siendo pues ésta la condición suave de Dios, habiendo dejado la perfidia y obstinación herética, que maliciosa y desvergonzadamente peca, contradiciendo verdades tan claras y conocidas y siguiendo caminos tan errados, sálese Dios de entre ellos dejando para otra ocasión el castigo y venganza, y viénese a estos reinos, donde ha sido de todos recibido, conocido, adorado y confesado por solo Dios, sin que otro ninguno tenga parte en su deidad santísima; y así lo recibieron estos indios y conociéndolo por tal, no sólo se precian de servirle, sino también de estimar (como arriba decimos) las ceremonias santas de su ley y las cosas de su santísimo servicio. Cosa maravillosa fue el fervor y diligencia con que los indios de esta Nueva España, después que les fue predicada la palabra de Dios, procuraron de edificar en todos sus pueblos e iglesias, acudiendo hasta las mujeres y niños a acarrear los materiales y aventajándose los unos con envidia de los otros, en hacerlas mayores y mejores y adornándolas, según su posible (como en los capítulos precedentes se ha visto), y si los dejasen, cada uno querría tener una iglesia junto a su casa, y ya que esto no pueden, tienen todos ellos sus oratorios adonde rezan y se encomiendan a Dios, y los que alcanzan caudal parece que todo lo querrían emplear en cosas que causen memoria de Dios y de sus santos; y así es cosa muy ordinaria remanecer en cada convento, de cuando en cuando, imágenes que mandan hacer de los misterios de nuestra redempción o figuras de santos en quien más devoción tienen, unos para sus casas, donde les hacen sus capillitas o retretes en que se guarden con decencia, otros las ofrecen a las iglesias y les hacen sus andas para que se lleven en las procesiones, y de éstas apenas hay pueblo, donde haya religiosos, donde no tengan cantidad de ellas, y esto en todos los de la Nueva España. Y en acabando de hacer estas imágenes tráenlas a mostrar al guardián o prior de el convento, para que vean si están bien hechas y devotas, y se use de ellas con su aprobación; y cada año le hacen fiesta al santo que representan estas imágenes, trayendolas a la iglesia muy acompañadas de música y cera, y la imagen muy curiosamente adornada de flores sueltas y ramilletes, y esto es muy común en esta dicha Nueva España.

A los sacerdotes tienen los indios tanto amor y reverencia, como si hubieran oído de la boca de mi padre San Francisco lo que acostumbraba decir: que si encontrase con un santo que bajase de el cielo y con un sacerdote, iría primero a besar la mano al sacerdote y después haría su debida reverencia al santo. En especial cuando el sacerdote acaba de decir misa, todos los indios procuran de llegar a besarle la mano; y si estando tres o

¹ Math. 21, 38.

² Ioseph. de Antiq. lib. 1. cap. 12.

cuatro o más sacerdotes juntos llegan a pedir o tratar algo, por muchos que sean los indios, bien pueden prestar paciencia los sacerdotes que de uno en uno han de ir todos besándoles las manos; y sucede esto tan porfiosamente (en especial en los recibimientos de los prelados, comisarios y provinciales, y cuando entra el guardián de nuevo en su convento) que por más que los aparten no cesan de procurarlo y el que más no puede (por las grandes olas de gente que concurre) se contenta con haber llegado la mano a su manto o hábito y donde quiera que sea, y en cualquier ocasión les es agradable la bendición del sacerdote. Y cuando se ofrece entrar en sus casas a confesar algún enfermo o administrar algún otro sacramento les parece que con haber allí entrado el sacerdote queda santificada su casa. Por las calles y caminos por donde quiera que va el religioso, todas las mujeres salen con sus hijuelos en los brazos para que les eche la bendición. Y los niños mayorcitos que pueden andar, ellos mismos van a recibirla y la piden de palabra, diciendo: bendícime, amado padre. Y aunque esto pone harta devoción al que ha de bendecir, mucho mayor la causa cuando a veces alguna india, estando diciendo misa, pone su hijuelo tendido en la peana del altar, a los pies del sacerdote y lo deja allí hasta el fin de la misa; y es cierto que con haber pasado esto ante mí hartas veces, nunca he visto llorar ni dar pesadumbre la tal criatura, sino estarse quedita, como si fuera un ángel que supiera el lugar adonde estaba. Cuando celebran la vocación de alguna iglesia o ermita, o algún santo de su devoción, acostumbran traer los niños con candelas en las manos y madrinas que los lleven en brazos para que el sacerdote les diga un evangelio.

No solamente honran y reverencian a los sacerdotes en vida, pero aun después de muertos hacen muy particulares memorias de ellos, en especial de aquellos que algún tiempo los han administrado y tenido a su enseñanza y doctrina. En este Tlatelulco murió el venerable padre fray Pedro Oroz, que vivió en este convento muchos años, como decimos en su historia; y los indios colegiales del Colegio de Santa Cruz, que estuvieron a su cargo, le ponen tumba todos los años en su sepultura y la adornan de cera menuda y gruesa y le cantan un responso, con gran concurso de gente que a él asiste con velas encendidas en las manos.

A los principios de la conversión de estas gentes tuvieron casa nuestros religiosos en un pueblo de la serranía, que baja a la Vera Cruz y puerto de San Juan de Ulúa, en el Mar del Norte, llamado Calcahualco, por ser puesto acomodado para poder salir de él a visitar los otros pueblos de aquella parte de serranía que son muchos y corren por muchas leguas (aunque después se pasaron a Jalapa, que es más arriba, hacia la parte del norte y bajaron a Tehuacan, que le cae a estotra del sur o mediodía). Siendo, pues, este pueblo de San Salvador o Calcahualco de la doctrina y visita de los frailes franciscos, murieron en él dos religiosos, llamados el uno fray Lorenzo de Santiago, y el otro fray Juan de Cáceres. Los indios sintieron su muerte porque perdieron en ellos ministros apóstolicos que los doctrinaban y enseñaban, y con la grande devoción que les tenían señalaron las sepulturas, donde están sus cuerpos; y desde el año que cada uno murió

(que fueron en tiempos diferentes) hasta este de 1612 que se escribe, no no han dejado todos los años, sucesivamente, uno tras otro, de poner sobre sus sepulcros velas de cera encendidas el día de la conmemoración de los finados, que notado el tiempo vienen a ser más de ochenta los años que ha que murieron; y les hacen este beneficio heredando esta costumbre los hijos de los padres. Este caso me certificó el licenciado Cristóbal Ruiz de la Cabrera, beneficiado y vicario del partido de San Juan Quauhtuhco, en cuya jurisdición cae este dicho pueblo de San Salvador. Es hombre de autoridad, letras y crédito; y así le doy el mucho que su muy honrada persona merece. Y lo que afina más esta cristiana devoción es que aunque no se diga misa en el dicho pueblo aquel día (porque no siempre va el beneficiado allá, por acudir a otras partes) no dejan los dichos indios de continuarla haciendo oración por ellos.

Con el agua bendita tienen grandísima fe y devoción, tanto que es menester cebar muy a menudo las pilas que están fuera de la iglesia y aun no basta sino que vienen a pedir la que se guarda dentro de casa; porque teniendo algún enfermo se la han de llevar para que la beba, y el enfermo la bebe de golpe con tanta confianza como si fuera medicina curativa de toda enfermedad; y no hay duda, sino que en ella y en todas las demás bendiciones hallan el efecto y eficacia de sanidad, pues con tanto afecto las buscan y piden. Y muchos traen agua en un vaso para que el sacerdote después de haber consumido el cáliz, la eche en él para beberla el enfermo, que la envía a la iglesia. En las vigilias de las pascuas de flores y del Espíritu Santo, cuando se bendice la pila del bautismo, es cosa de ver la gente que acude con sus jarros y vasos para llevar de aquella agua bendita, que no es posible repartirla por entonces, ni poner en ella el olio y crisma hasta la tarde, por la grande apretura en que se ponen unos a otros, por haberla primero y por poca que se dé a cada uno es menester tener apercibidas y llenas las hidrias de Canaa de Galilea, para rehenchir muchas veces la pila; y hase usado de un medio acertado, que el que quiere agua la traiga en la vasija que ha de llevarla. Y es tanta su devoción que no reparan en ello y andan solícitos en ir por ella a la pila y traen y sacan de la que desean.

Las cuentas en que han de rezar, luego en comprándolas, las traen a algún sacerdote para que se las bendiga; y los que pueden haber alguna cuenta bendita del santo padre, lo tienen a mucha dicha, aunque por más dichoso se tendría el que pudiese alcanzar algún poquito de agnus dei; pero esto, por ser tan raro y preciado, por maravilla lo alcanzan cual o cual indio. Entre ellos parece que no es cristiano el que no trae cuentas y muchos de ellos disciplina, y ésta les arma muy bien porque no tienen tan delicadas carnes como otros para azotarse; y así han usado mucho el disciplinarse y lo usan todavía en las cuaresmas, desde el miércoles de ceniza; y en otro tiempo fue cosa muy usada, mayormente en el reino y provincias de Mechoacán y Xalisco y otros pueblos de esta Nueva España, hacer disciplina cada noche o antes de amanecer delante de la iglesia, por todo el año; y muchas veces había casi toda la noche azotes en el patio que estando

en maitines los religiosos oían azotarse los indios allá fuera y alababan a Dios en ver su aprovechamiento. A los templos y a todas las cosas consagradas a Dios tienen gran reverencia. Y se precian los viejos, por muy principales que sean, de barrer las iglesias. En el pueblo de Toluca, el primero señor que se bautizó, a quien el marqués de el Valle puso nombre, llamándole don Fernando Cortés, y que en su juventud había sido muy valiente y esforzado, acabó sus días continuando la iglesia y barriéndola como si fuera un muchacho de la escuela. Cuando entendieron los indios qué cosa era excomunión, concibieron grandísimo temor de ella. Si acontecía a algunos mozuelos reñir en el cimenterio (que entre indios ya hombres pienso nunca ha acaecido), luego venían de conformidad hechos amigos a pedir absolución. Finalmente, no hay cosa que pertenezca a la iglesia, ministerio y ceremonias de ella, en que los indios no se hayan mostrado más devotos y religiosos que otras naciones. De donde bien se puede colegir que en efecto son cristianos de veras y no de burla, como algunos piensan.

CAPÍTULO VII. De la solemnidad con que los indios celebran las pascuas y fiestas principales; y de las procesiones ordinarias que hacen



AS PASCUAS Y FIESTAS DE NUESTRO SEÑOR y de su madre y de las vocaciones principales de sus pueblos celebran los indios con mucho regocijo y solemnidad; adornando para ello cuanto a lo primero, sus iglesias muy graciosamente con los paramentos que pueden haber, y lo que les falta de tapicería suplen con muchos ramos, hojas y flores de diversos géneros

que las produce esta tierra en abundancia, muy diferentes de las de nuestra España, y de las traídas de allá hay rosas adonde quiera que las plantan; y acaece coger algunas en cualquiera tiempo del año, como las he visto yo por el mes de octubre, y en noviembre clavellinas; y hay tantas que no sé si de alguna flor se hallará tanta copia en alguna parte del mundo; y no es menester ponerlas en macetas, ni guardarlas del frío, porque los patios y huertos de las iglesias están llenos de ellas; y nunca en el invierno se hielan, y así se hallan por todo el año. De trébol están llenos los campos, y la yerbabuena (que no la había) se ha multiplicado en gran manera.

Estas yerbas olorosas, juntamente con espadañas y juncia, sirven para tender por el suelo, así de la iglesia como de los caminos por donde ha de ir la procesión; y encima de las yerbas van sembrando flores. Estos caminos de la procesión tienen enramados, de una parte y otra, aunque a las veces anda un tiro de ballesta y más. Hacen del camino o calle, por donde pasa la procesión, tres calles, la de en medio más ancha, por donde van las cruces, andas y ministros de la iglesia y el demás aparato de la procesión, y por las calles de los lados, por la una van los hombres y por la otra las